

## Gente que inspira

## LAURIE LAMBERT

Profesora de francés y coordinadora de voluntariado en Parem

«He aprendido a reconocer mis límites», admite la profesora, nacida en Bélgica y vecina de Murcia desde 2009: llegó de Erasmus, halló su hogar y ayuda a los demás

## «Acoger es ofrecer apoyo, estabilidad y seguridad»

PEDRO J. NAVARRO

Laurie Lambert (Florenville, Bélgica, 37 años) llegó a Murcia en 2009 con una Erasmus, una lengua extranjera y una intuición: aquí había algo que podía convertirse en hogar. Lo encontró en el teatro, en la amistad, en un piso que con los años se transformó en refugio para jóvenes migrantes y en un espacio donde la solidaridad se vive sin épica, desde lo cotidiano. Coordinadora de voluntariado en la Asociación de ayuda para las Personas Refugiadas y Migrantes en Murcia (Parem), habla de acompañar como quien habla de respirar: con naturalidad, con límites, con una fe profunda en la humanidad y en la energía que se intercambia cuando dos vidas se conectan mutuamente. Su historia es la de una mujer que decidió quedarse, abrir la puerta y construir comunidad.

## — ¿Quiénes Laurie Lambert?

— Soy alguien que llegó a Murcia en 2009 por un Erasmus de Filología Francesa. Aquí encontré el amor, la vida social y motivos para quedarme. Estuve diez años en pareja hasta que nos separamos en 2019. Para entonces rondaba los treinta y, en Bélgica, muchas personas de mi edad ya se habían establecido y formado una familia. Yo, en cambio, ya me sentía muy vinculada a España. La vida, de pronto, tenía aquí un ritmo que reconocía. Un piso que se convirtió en refugio, una covid que nos encerró y nos abrió a la vez. Y, ahora, un bebé que viene. Al final, quedarme fue una buena decisión.

## — ¿Cuál es su lugar de origen?

— Vengo de un pueblo del sur de Bélgica, donde las fronteras entre Francia y Luxemburgo son líneas suaves, casi respiraciones. Esté donde esté, creí en una casa donde la puerta siem-

pre estaba abierta. Creo que esa forma de estar en el mundo se me quedó pegada a la piel.

## — ¿Cómo fueron sus comienzos en el voluntariado con la acogida a personas migrantes y refugiadas?

— Siempre he estado vinculada al voluntariado. A los 18 años fui a Estados Unidos para aprender inglés y después participé en un año sabbático con inmersión lingüística y voluntariado en Senegal, donde fui profesora de Primaria durante tres meses. Al llegar a Murcia buscaba activismo y trabajo directo sobre el terreno. Tras contactar con Ecologistas en Acción, en 2016 empecé a colaborar con Parem, entonces una plataforma surgida ante la guerra de Siria que recogía ropa, medicamentos y materiales para enviarlos a las zonas afectadas.

## — Pero esta asociación cambió su enfoque...

— Efectivamente. A lo largo de 2016, la organización constató que muchas personas refugiadas estaban llegando a Murcia. Por eso decidió dejar de centrar sus esfuerzos en enviar ayuda al extranjero y comenzar a acompañar directamente a quienes ya se encontraban aquí. Se pasó de ser una asociación como funciona en la actualidad.

## — ¿Hubo algún momento en el que sintió que acompañar no era solo una tarea sino una forma de estar en el mundo?

— Durante mi viaje a Senegal viví con una familia de acogida y comprendí que acompañar a otras personas no consiste únicamente en dar. Tienes que aportar tiempo y energía, pero también recibes afecto, aprendizajes y nuevas formas de entender la vida. Allí sentí con fuerza ese vínculo basado en el intercambio. Años después pude tomar distancia y reflexionar sobre cuestiones que me habían marcado: la relación de Occidente con otras partes del mundo. Más allá de esas consideraciones, aquella experiencia hu-

mana ya había cambiado mi forma de estar en el mundo.

## — ¿Qué le enseñan sobre sí misma las personas a las que acompaña?

— He aprendido a reconocer mis límites. Para acompañar de forma saludable debo decidir cuánto tiempo, energía y espacio puedo ofrecer. Entiendo el acompañamiento como un intercambio: yo apporto atención y espacio, y los jóvenes comparten sus experiencias y ayuda. La relación exige un equilibrio que se construye día a día, definiendo hasta dónde puedo contribuir sin descuidarme. En un voluntariado tan intenso como el de Parem, proteger ese equilibrio evita el desgaste.

## — ¿Qué supone acoger en su casa a personas refugiadas?

— Acoger es ofrecer apoyo, estabilidad y seguridad para que cada persona elija su propio camino, sin imponerle nuestras creencias ni decisiones. Aunque opte por algo distinto de lo esperado, nuestra labor se cumple al brindarles una base estable. Actualmente acompañamos a un joven que, tras una acogida, ha vuelto a la calle: trabaja, pero no encuentra habitación. Podemos facilitarle duchas y lavado de ropa, aunque el alojamiento es temporal. En definitiva, debemos respetar su autonomía, cultura, personalidad y creencias, y permitir que aprenda de sus propias experiencias.

## — En la relación con las personas migrantes, ¿qué gestos pequeños, una mirada, una frase o un silencio le han marcado en estos años de voluntariado?

— Hace poco volvió a casa Moussa, un joven al que acogimos el año pasado cuando vivía en la calle. Le ayudamos a encontrar trabajo y una habitación en Archena, pero regresó a Murcia por otro empleo y se quedó conmigo mientras buscaba alojamiento. La semana pasada vino para actualizar su currículum: antes era



## Las frases

«Para acompañar de forma saludable debo decidir cuánto tiempo, energía y espacio puedo ofrecer»

«Me sostienen la meditación, la música, el arte y la red de amistades y voluntarios»

«Debemos elegir dónde ponemos el foco y qué ciudad queremos construir»

may tímido y evitaba la mirada; ahora miraba a los ojos, bromeara y reía. Me alegro de ver cómo el trabajo, la vivienda y la estabilidad le han dado seguridad y autonomía. Su historia refleja la diferencia entre vivir en la calle y contar con un entorno estable.

— ¿Cómo sostiene emocionalmente el acompañamiento cuando las historias que vas conociendo vienen cargadas de pérdidas, de huidas, de comienzos duros?

— Ahora coordino el voluntariado y gestiono tareas en línea, tesorería y administración, por lo que tengo menos contacto directo, aunque mis compañeras me transmiten las historias. Tras la pandemia de covid, cuando pasamos de ocho coordinadoras a tres, aprendimos a cuidarnos y una psicóloga voluntaria nos ayudó a compartir lo vivido. Me sostienen la red creada estos años, incluidas antiguas usuarias hoy voluntarias y amigas, y recursos como el arte, el baile, la música y la gestión emocional.

## — ¿Qué ha aprendido sobre la resiliencia observando a quienes llegan aquí buscando un lugar seguro?

— A veces confundimos resiliencia con ocultar el dolor. Que alguien no muestre tristeza o deje de contar su historia no significa que la haya superado: el sufrimiento puede reaparecer y cada persona gestiona sus emociones de forma distinta. Para mí, ser resiliente es seguir adelante sin negar lo vivido, volver al presente y aceptar posibles recaídas. La amistad y la confianza son fundamentales. Un amigo de Parem, tras experiencias terribles, creó una empresa de construcción en Madrid y una casa de alquiler en Mali, demostrando su fortaleza para avanzar pese a las



La profesora belga, fotografiada en Murcia, donde llegó en el año 2009, esta semana.

dificultades.

## — ¿Hay algo que le haya enseñado este trabajo sobre la fragilidad y la fuerza humanas?

— Me ha enseñado a reconocer mis propios prejuicios racistas. A veces aparecen en mis pensamientos o comportamientos, y lo acogiéndome obligo a ser consciente y cuestionarlos. Porque en ocasiones me sorprende teniendo prejuicios. La diferencia está en reconocerlos y evitar que se conviertan en discriminación. Nosotros acompañamos a personas muy distintas, así que no podemos clasificarlas por su origen, edad o género: debemos conocer cada historia y su realidad. También tendemos a proyectar nuestras expectativas, especialmente sobre los jóvenes acogidos. Pero pueden elegir un camino diferente al que les proponemos, condicionado por su cultura y sus circunstancias, y eso no lo hace menos válido.

## — ¿Qué debería entender la sociedad murciana sobre los refugiados?

— Una persona puede tener trabajo y seguir en la calle por no poder pagar una habitación. Acercarse y escuchar permite conocer realidades diversas y evita juicios infundados. En Murcia se cree que quienes viven en la calle acceden fácilmente a comida o alojamiento, pero muchos recursos están saturados o desahuciados por decisiones políticas que debilitan el tejido social. Aun así,

la solidaridad existe, aunque haya menos ruido que el rechazo.

## — ¿Qué le sostiene cuando el contexto social y político no acompaña?

— Me sostienen la meditación, la música, el arte y la red de amistades y personas voluntarias. Meditar me ayuda a recuperar la calma y a centrarme. También soy optimista: incluso ante relatos negativos, la respuesta ciudadana me devuelve la confianza. La semana pasada organizamos una pequeña recogida de ropa por la situación en Ceuta y participé bastante gente. Apesar del discurso negativo que vemos en las redes y en algunos medios, muchas personas quisieron donar una tienda de campaña, un gorro o unos zapatos. Cada vez que me organizo una campaña así, la ciudadanía ha respondido.

## — ¿Comparte la sensación de que le rechazo al otro, al diferente, es lo que hace más ruido?

— Si Amadeo de Sempere, en el barrio del Camón, frente a una cuenta de Instagram sobre robos que puede alimentar discursos radicalizados, surgió otra que destaca iniciativas cercanas y solidarias. Ambas realidades conviven, pero debemos elegir dónde ponemos el foco y qué ciudad queremos construir: relacionarnos desde el miedo o confiar y acoger a quien quisiéramos solo busca una cama y descanso. ■

Juan Carlos Caval

## Acompañar a personas voluntarias

PEDRO J. NAVARRO

## — ¿Qué le supone coordinar voluntariado?

— A nivel logístico, coordinar es lo que más me gusta. Disfruto poniendo en marcha proyectos desde cero, como el de los jóvenes, y también lo hago en mi trabajo como profesora de francés, donde colaboro con otras docentes. Organizar y automatizar procesos es algo que me sale de forma natural. Con las personas voluntarias intento no crear demasiadas expectativas. Cuando alguien propone una idea, le animamos a desarrollarla de principio a fin y le ofrecemos nuestro apoyo y experiencia. Solo una parte llega hasta el final, así que normalmente coordino a quienes ya están muy implicados o sabemos que pueden asumir el proyecto con autonomía.

## — ¿Qué le emociona al ver cómo una persona voluntaria evoluciona desde su llegada hasta encontrar su lugar en Parem?

— Tras la pandemia, cuando quedamos tres coordinadoras, revisamos nuestros fallos de comunicación y de red. El equipo actual demuestra que hemos



Juan Carlos Caval

Primer plano de la activista, que reivindica el poder de los vínculos.

## — ¿Cómo se convierte en confianza?

— Amistad, sin duda. A lo largo de estos años he creado vínculos para toda la vida con cinco o seis personas que al principio eran usuarias. Digo «eran» porque muchas acabaron implicándose también en el voluntariado y aportando su tiempo. Hoy ya no hago tanta distinción entre personas usuarias y voluntarias. Dentro del equipo también han surgido amistades muy fuertes, sobre todo entre quienes llevamos cinco o seis años formando el mismo núcleo desde la pandemia. Creo que también serán amistades para toda la vida. ■

## — ¿Qué vínculo nace cuando la relación deja de ser ayuda y se

## «Crecí en una casa donde la puerta siempre estaba abierta»

PEDRO J. NAVARRO

## — La acogida de personas en su casa, ¿le resulta natural desde su infancia?

— Mi madre siempre ha tenido las puertas abiertas. El año pasado acogí a una persona al tiempo que yo. Quizá también haya una influencia cultural. En algunas zonas de Bélgica, especialmente en el norte, las casas transmiten una mayor sensación de apertura y libertad de movimiento que muchas viviendas valladas de aquí. Además, la familia de mi madre siempre ha acogido a personas,

no solo en situaciones de necesidad, sino también mediante intercambios con músicos de distintos países. Por eso crecí rodeada de experiencias de acogida e intercambio.

## — Esa forma de acoger, ¿tiene un componente religioso o responde a otros motivos?

— Probablemente influyó la educación católica de mi madre, profesora de religión, y su confianza en las personas. Con el tiempo, relacioné la acogida con la energía que puedo ofrecer: si no puedo sostenerla, prefiero cuidarme. Aun así, compartir habitaciones vacías con quienes viven en la calle me

parece natural, siempre con límites que protejan a todos y hagan la acogida sostenible.

## — Incluso a menores no acompañados...

— En el proyecto acompañamos a jóvenes exotulados que tienen documentación, pero pueden quedar sin alojamiento al salir del centro mientras esperan una plaza en otros recursos. Queremos evitar ese período en la calle, donde están expuestos a robos, redes delictivas, drogas y problemas de salud mental. Son muy jóvenes, casi niños, y ofrecerles un hogar temporal puede evitar que su situación empeore. ■